DIEZ AÑOS DESPUES ¿ES POSIBLE UNA UNIVERSIDAD DISTINTA?

IGNACIO ELLACURIA

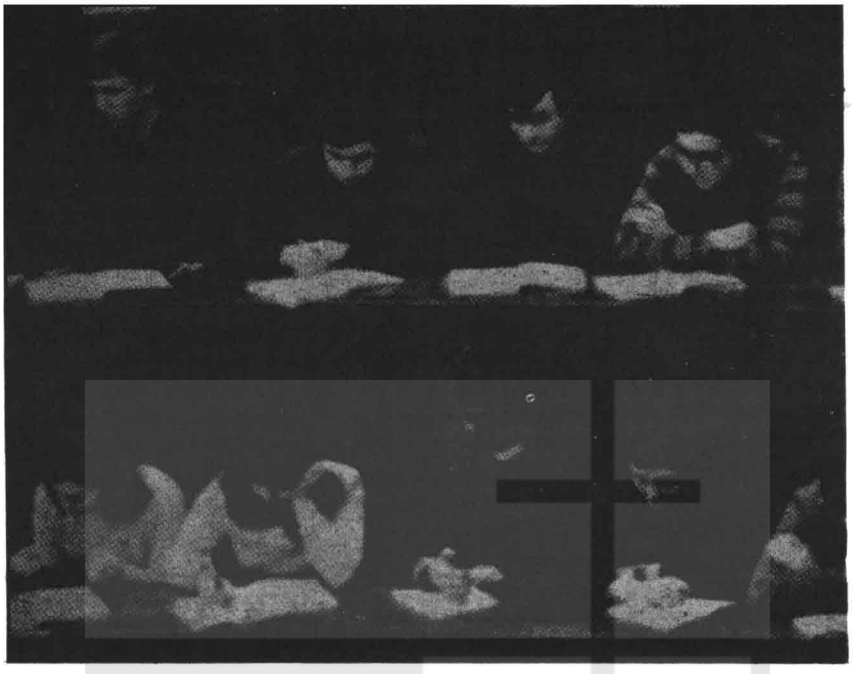
El 15 de septiembre de 1965 quedaba fundada la **Universidad José Simeón Cañas** con la intención de potenciar la labor universitaria en El Salvador desde lo que pudiera llamarse una inspiración y una vitalidad cristianas. Por múltiples razones no servían, como esquemas orientadores de esta tarea, los estereotipados en las autodenominadas Universidades católicas, pero tampoco se contaba con otros distintos, suficientemente explicitados y operativizados. Era más claro el no que el sí: el no a otras formas de hacer universidad, el no a esquemas de solución para el malestar de la universidad latinoamericana, que se estaban mostrando ineficaces como solución. El camino del no, entendido como proceso creador, es el que iba poco a poco a generar una nueva conciencia y una nueva forma de entender la tarea universitaria.

Fueron primero los hechos, unos hechos balbucientes y ambiguos ciertamente. Desde esta realidad de los hechos y desde la nueva conciencia liberadora que en la década de los sesenta empezó a aparecer en Latinoamérica fue surgiendo, incipientemente tan solo, una Universidad distinta; el propósito, al menos, de una Universidad distinta. Este propósito fue formulado oficialmente en el **Discurso** tenido con ocasión del contrato con el BID (cfr. ECA, **América Latina ante su liberación.** Enero-Febrero, 1971, pp. 108-112) y fue ampliado en el **Manual de Organización (Manual de Organización y Consideraciones justificativas,** San Salvador, 1972, pp. 1-11). Fue también puesto en práctica en una serie de pronunciamientos de los Organos colegiados de la Universidad y de las Asociaciones estudiantiles, así como en una variada serie de investigaciones y de estudios.

Pasados ahora diez años, vistas las realizaciones y las dificultades, un mínimo sentido de responsabilidad crítica exige reexaminar el camino para ver si los hechos –y no las intenciones– permiten hablar de una Universidad distinta. ¿Se ha hecho ya algo en este camino? Las dificultades reales de estos diez años ¿prueban que es imposible en nuestro medio histórico una Universidad distinta, que se dedique efectivamente desde su propia estructura y tesitura universitaria a la negación de una sociedad injusta y a la construcción de una nueva sociedad?

Para responder a estas cuestiones vamos a dividir este trabajo en tres partes: 1) La pretensión de una Universidad distinta. 2) Análisis de nuestra Universidad desde esa pretensión. 3) El sentido cristiano de la Universidad. En la primera parte se formulará lo que debiera ser una Universidad distinta que pretende ser fiel universitariamente al momento histórico en el que se realiza; en la segunda parte se discutirá si las condiciones reales

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"



en que se da nuestra Universidad permiten realmente acercarse a lo que debiera ser la tarea universitaria; en la tercera se analizará en qué condiciones una labor universitaria puede decirse cristiana y qué puede aportar la inspiración cristiana al trabajo de la Universidad.

La pretensión de una Universidad distinta

El sentido último de una Universidad y lo que es en su realidad total debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve. Debe mensurarse, por tanto, desde un criterio político. Esta afirmación puede parecer, a primera vista, que lleva a una politización desfiguradora de la auténtica labor universitaria en lo que tiene de esfuerzo teórico por saber y por posibilitar un hacer desde ese saber. Sin embargo, no tiene por qué ser así. Y para que no lo sea es necesario preguntarse muy explícitamente por la dimensión política de la Universidad, porque esta dimensión es un hecho innegable y un hecho de grandísima importancia para la orientación misma de la Universidad. El carácter distinto de la Universidad no estará, entonces, en no cumplir con su misión política sino en cumplirla de otra manera. Esa es la cuestión. Si no se la afronta, además de dar paso a constantes contradicciones internas que tensionan y acaban imposibilitando el trabajo universitario, dejan a la Universidad sin norte y, lo que es peor, a merced de presiones incontroladas por ella.

No hay por qué insistir demasiado en la dimensión política de la Universidad, en la Universidad como uno de los factores de la realidad política. Hablamos primariamente de la Universidad aquí y ahora, en El Salvador de 1975, donde solo se dan dos Universidades, que controlan en desigual medida y con abismales diferencias de recursos toda la formación estrictamente superior del país. En las condiciones históricas del país, la Universidad es uno de los factores importantes de la estructura social por la cantidad y calidad de recursos de todo orden que maneja. No es exagerado decir que representa el máximo poder ideológico de la nación, aunque tenga graves dificultades para potenciarlo y para transmitirlo a la conciencia colectiva. Responde en buena medida a lo que en cada caso es la máxima presión social y/o la presión estatal, de modo que queda configurada políticamente por esas presiones, a la vez que en alguna manera puede también servir de presión sobre el poder social y el poder estatal con múltiplicidad de medios directos e indirectos. Constituye de por sí una fuerza considerable, sobre todo si se la pudiera dar la debida cohesión: tres mil estudiantes universitarios, doscientos cincuenta profesores, tres millones de colones de operación anual por dar cifras redondas, son, sin duda, en la realidad concreta de El Salvador, una fuerza social de primer orden, al menos en teoría. Son las Universidades del país, por otra parte, las

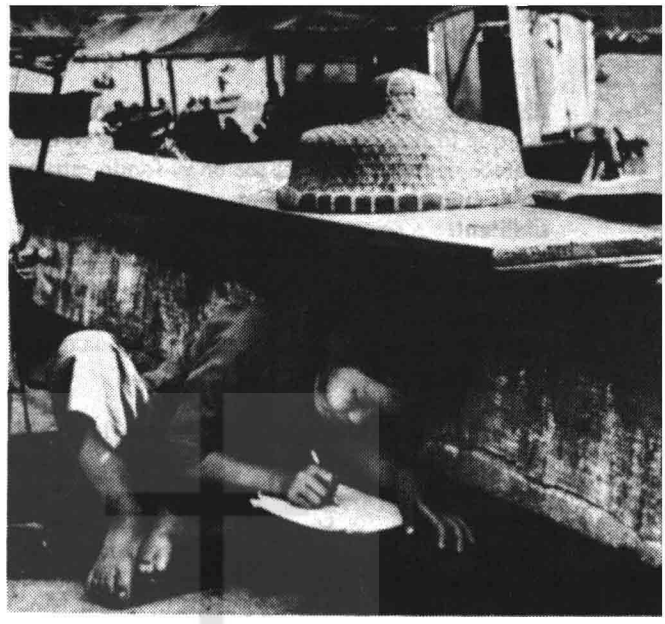
Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

grandes productoras de profesionales y, a través de ellos, las grandes contribuidoras a la operatividad del sistema social. Pueden producir los instrumentos operativos, además de los manejadores de esos instrumentos, de las políticas nacionales en el orden económico, en el orden educativo, en el orden técnico, en el orden de la salud pública, etc. Son, finalmente, campo propicio a la actividad de los movimientos políticos, y este carácter propicio muestra indirectamente el carácter politizable de la estructura y de la dinámica universitaria.

La virtualidad política de la Universidad es de por sí evidente. Por otro lado, sólo ante la incidencia de la Universidad en la realidad histórica socio-política, se ve lo que la Universidad es realmente. Toda otra consideración es peyorativamente abstracta; negaría lo que es la realidad concreta de la Universidad e implicaría la dejación de una de sus más serias posibilidades como institución de utilidad pública.

Pero hay dos formas inadecuadas y falsificadoras de cumplir con esta misión política. Una, la de contribuir a robustecer el sistema imperante respondiendo positivamente a sus demandas y/o no perturbando su marcha, mediante un presunto cultivo neutro del saber y de la técnica. Otra, la de enfrentarse con el sistema, sobre todo con esa parte del sistema que es el Estado, según el modo de hacer de un partido político de la oposición o de las organizaciones populares, cuya actividad política está determinada por su objetivo principal de la toma del poder del Estado. La Universidad, por su propio carácter crítico, por su fundamental necesidad de racionalidad y de eticidad, no puede reducirse a favorecer indiscriminadamente ningún sistema político ni ningún sistema social dado; pero tampoco, puede, en el fondo por el mismo talante de racionalidad y de eticidad, abandonar su propio modo universitario de enfrentarse con la realidad política.

Es bastante claro que las Universidades latinoamericanas han propendido a caer en una de esas dos formas falsas de politización. Unas veces, por reacción frente a excesivas politizaciones o, lo que es peor, con el decidido propósito de favorecer a los más favorecidos, se ha dedicado a anestesiar a los estudiantes con la pretensión de un máximo de cientificidad neutra, como si la realidad social no necesitara también de un máximo



de cientificidad. Otras veces, por tratar de buscar un máximo de eticidad urgente e inmediatista, se ha ido en busca de una acción política, para la que no se está instrumentalmente preparado y para la que no se cuenta con el poder debido, con menoscabo evidente de la preparación científica y técnica. ¿No será posible una forma distinta de cumplir con la inexorable misión política de la Universidad? Es esta pregunta la que nos lleva al tema de una Universidad distinta, una Universidad que como Universidad y universitariamente responda a su misión histórica, una Universidad que universitariamente pruebe su eficacia política en la configuración de una nueva sociedad y también en la configuración del poder del estado.

¿Cuáles serían las características universitarias de esta nueva forma de cumplir con la misión política de la Universidad? La misión política de la Universidad ya ha quedado definida en los documentos anteriormente citados; lo que pretenderíamos ahora es precisar y concretar en qué consiste el modo universitario de realizar una tarea de liberación, para saber si esta tarea es posible de realizar por parte de la Universidad y para saber los límites universitarios de su acción. No se puede admitir desde un principio, que la única forma pensable de que la Universidad realizara una seria acción política en la transformación liberadora de la sociedad, consistiera en dejar de ser Universidad al convertirse en organización política revolucionaria. Es ciertamente peligroso referirse a lo no hecho como a aquello que no se ha podido cumplir, porque todavía no ha sido po-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

sible o porque ha habido dificultades coyunturales, que lo han impedido. Pudiera ser que lo que aparece como coyuntural sea en el fondo estructural, en cuyo caso las distintas coyunturas imposibilitantes serían tan sólo las diferentes máscaras con que se presentaría una misma dificultad estructural. Pero antes de admitirlo, es menester definir con claridad cuáles son las características de la dimensión universitaria en su obligada necesidad de cumplir con su misión política.

El definir estas características tiene la doble ventaja de ayudar a que la Universidad vaya en busca de su propia mismidad, de modo que ni presiones ni cantos de sirena le saquen de su propio rumbo, y la de contar con un criterio, según el cual juzgar si desde sí misma, esto es, sin salirse de sí, sin desfigurar su propia realidad, puede contribuir efectivamente e insustituiblemente al proceso de transformación nacional, incluso en circunstancias en que las estructuras socio-políticas dominantes fueran opuestas al modo de esa transformación.

En busca de las características propiamente universitarias de la misión política de la Universidad nos vamos a preguntar: a) por el horizonte de la actividad universitaria: b) por el campo propio esa actividad; c) por su modo de actuación; d) por su talante fundamental; e) por su objetivo inmediato.

a) La pregunta por el horizonte de la actividad universitaria es una pregunta por aquello que constituye el punto de mira último y también la finalidad más honda de lo que esa actividad pretende. A esta pregunta podría responderse que es la realidad nacional o, en términos más humanos, el pueblo salvadoreño. Tal respuesta tiene la indudable ventaja de ser estructural y de sobrepasar consideraciones individualistas, pero no tiene en cuenta la actual estructuración de la realidad nacional y del pueblo salvadoreño. La realidad nacional y el pueblo salvadoreño no sólo se presentan en términos de injusticia establecida y de violencia institucional, ni sólo en términos de dependencia internacional, sino como sociedad dividida, en que las partes tienen intereses contrapuestos, pues la minoría dominante no puede "identificar" los suyos con los de las mayorías oprimidas, pues en su inmediatez contrapuesta son contrarios, activamente contrarios. Esto no significa necesariamente que no puedan encontrarse entre ambas partes intereses "materialmente" comunes, "coyunturalmente" comunes, pero sí marca una distinción fundamental, respecto de la cual hay que tomar partido.

Pues bien, una Universidad de inspiración cristiana no puede tener duda sobre el partido que ha de tomar. No siendo posible en un determinado momento histórico la superación anuladora de las diferencias, tiene que ponerse de parte de aquellos sectores, que no sólo son la mayoría, una mayoría tan aplastante, que ya sólo por esta razón cuantitativa puede considerarse como la auténtica representativa de los intereses generales, sino que son la mayoría injustamente deshumanizada. En ese sentido no pueden ser las clases dominantes el criterio de su orientación sino los intereses objetivos, científicamente procesados, de las mayorías oprimidas.

Se trata con esto de parcializar la Universidad o, por mejor decir, de optar por una de las parcializaciones ineludibles. Cualquier decisión, cualquier acción contribuye al apoyo de una u otra parcialización. Este fenómeno no se da de una manera totalmente pura, pues una misma acción puede servir a intereses contrapuestos, pero el horizonte debe estar claro y asimismo lo debe estar la decisión fundamental para poder acertar en la marcha del proceso histórico. La consideración, en efecto, no puede ser estática ni mecánica; tiene que ser dinámica e histórica, esto es, que atienda al momento presente, pero en cuanto este momento presente prepara un futuro u otro. El futuro pende del presente, pero el presente no se agota en ser preparación del futuro: tiene sus propios derechos y tiene sus propias necesidades. Esta es la razón por la cual puede haber coincidencia de intereses en un presente determinado, pero esta coincidencia no debiera significar la identificación de los procesos. También las líneas que se cruzan tienen su punto de identificación, marchando como van por direcciones opuestas.

De ahí que ni siquiera deba tener la Universidad como criterio fundamental y como horizonte último de su actividad los intereses subjetivos de alumnos y de profesores, a no ser que estos intereses subjetivos coincidieran con los intereses objetivos de las mayorías oprimidas. El argumento de que los estudiantes pagan no les da derecho absoluto sobre la dirección del trabajo universitario, en cuanto esta dirección implica un horizonte

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

último, por la simple razón de que no financian ni siquiera la totalidad de su educación y, mucho menos, la totalidad de la actividad universitaria; pero, aunque financiaran todo lo que cuestan, tampoco tendrían derecho absoluto —el que no tengan derecho absoluto no significa que no tengan derechos relativos—, pues no tendrían esa posibilidad de financiación, si no es en función de una determinada estructura de la sociedad, que en definitiva limitaría y relativizaría ese derecho. Parecido argumento puede hacerse de los intereses subjetivos de los profesores y todavía con mayor razón, por cuanto ellos reciben un pago por su trabajo y no siempre están identificados con los intereses más generales de la Universidad.

Cuestión completamente distinta es cómo se pueden encontrar los intereses objetivos de las grandes mayorías oprimidas desde un punto de vista universitaria. En este punto la aportación de profesores y de alumnos debiera ser decisiva, sobre todo si logran ir identificando sus propios intereses privados con los de las mayorías injustamente deshumanizadas.

Si este horizonte de las mayorías oprimidas se toma en serio, si se le adopta efectivamente como criterio permanente de la estructuración interna de la Universidad en todos sus estratos y de su acción hacia afuera, ya contaría la Universidad con un elemento esencial para ir encontrando el carácter propio de su misión política. Este horizonte no es de ningún modo exclusivo de la Universidad; lo debe ser de toda institución que éticamente quiera ponerse en la debida dirección de nuestro proceso histórico en este momento determinado. Sólo que en la Universidad repercutirá de un modo propio y la Universidad lo servirá conforme a su propia peculiaridad. Los rasgos de su peculiaridad podrán apreciarse en las características que a continuación desarrollamos.

b) El **Campo o ámbito** propio de la actividad universitaria así como instrumental propio es la cultura. La expresión no es muy feliz, porque la cultura propende a ser entendida como el patrimonio de las clases cultas, esto es, de las clases opresoras y de los individuos que están a su servicio y que reciben de aquellas su apoyo y su sustento. Sin embargo, corregida de su carga clasista y de su carga puramente contemplativa, puede y debe mantenerse. La razón de mantenerla es precisamente la de subrayar la mismidad de la Universidad y la de impedir que la Universidad se desvirtúe en su tarea política; la especificidad universitaria, en una correcta teoría de la división del trabajo, debe ser mantenida; de lo contrario regresamos a un primitivismo absurdamente ahistórico, que privaría a los que no tienen voz de uno de sus fundamentales puntos de apoyo.

Claro que entonces la cultura debe ser entendida de otra forma. No es difícil de hacerlo. Cuando hablamos aquí de cultura la concebimos en el sentido que tiene en expresiones como agri-cultura, esto es, como cultivo de la realidad, como acción cultivadora y transformadora de la realidad. Lo que debe buscar la cultura de la Universidad es hacer de sus miembros, cultivadores racionales de la realidad. La cultura tiene un esencial sentido práxico, por cuanto proviene de una necesidad de acción y debe llevar a una acción transformadora del propio sujeto y de su contorno natural e histórico.

Como elementos materiales suyos incluye un estricto **saber** de la naturaleza y de la sociedad; ni solo de la naturaleza ni sólo de la sociedad sino de ambas en su necesaria implicación; abarca un dominio de las **técnicas** transformadoras de la naturaleza, del hombre y de la sociedad. Pero este

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

saber hacer y este hacer sabio no son intemporales; deben estar dirigidos desde el horizonte, que antes propusimos. Esto no significa una reducción del saber o de la técnica, al menos necesariamente, sino tan solo un principio de selección, que debe ser sacado de lo que es en cada caso la realidad nacional en su concreto proceso histórico. Es su estudio una de las fundamentales dimensiones de la cultura, de la cultura nacional.

Evidentemente la cultura exige un análisis estricto de la realidad nacional en cada momento de su proceso, desde el pasado que en parte nos constituye hasta la proyección del futuro hacia el que debemos ir. Si la cultura es cultivo, lo primero que se ha de saber es cuál es la realidad que ha de cultivarse para saber el modo como ha de cultivarse. Pero es que, además, la realidad nacional, en su plenitud histórica presente, es efectivamente lugar de plenitud, que da sentido último a todo lo que se hace y a todo lo que ocurre. La propia conciencia colectiva del país no puede ser científica sino desde este análisis de la realidad nacional, y cómo no va a pertenecer a la cultura del país, la conciencia de su propia realidad. Pero como se trata de una cultura operativa, lo que se ha de ir buscando es una conciencia colectiva debidamente procesada y convenientemente operativizada; no se afirma con esto un idealismo de la historia, porque la búsqueda de una conciencia lúcida no supone que la conciencia, sobre todo, la conciencia colectiva, pueda lograrse con independencia de las estructuras sociales y del hacer colectivo cotidiano. Lo que se afirma es que el puro hacer no siempre explicita la debida conciencia y que sin conciencia procesada no hay la debida cultura.

Lo que efectivamente trae entre manos la cultura nacional es la realidad histórica de la nación, la realidad dinámica de una nación que se está haciendo y a cuyo hacer contribuyen una multitud de factores. La cultura comprende, por tanto, no sólo el conocimiento procesado de la realidad nacional, no solo la anticipación de su futuro según plazos escalonados —en este sentido un plan quinquenal de desarrollo, por ejemplo, pertenece de lleno a lo que aquí estamos entendiendo por cultura—, sino el trazado de los caminos y la preparación de los medios para su realización.

En esta búsqueda de la cultura nacional es claro que la Universidad no es la generadora única; es más bien, sólo su procesadora crítica y técnica. Pero lo que sí debe intentar la Universidad es dar resonancia al sentir profundo del pueblo, al sentir de sus necesidades, de sus intereses, de sus sentimientos, de sus apetencias, de sus valores. Cultura nacional no es, entonces, folklore nacional, aunque el folklore puede que exprese algunos aspectos importantes del ser popular. Una consideración estetizante de la cultura nacional puede llevar al narcisismo y a la dormición, cuando lo que se necesita es operatividad para la construcción de un hombre nuevo en una tierra nueva. La cultura debe ser vigilancia despierta, tensión hacia el futuro, transformación.

La cultura en su función activa debe ir a la constitución de nuevos valores. Para ello debe desenmascarar los presentes, en muchos de los cuales tal vez no sea difícil descubrir instrumentos de dominación. Es claro que pocas cosas son tan necesarias en estos países a los que no se ha dejado ser lo que son ya desde tiempos precolombinos, como una revolución cultural. Una revolución cultural consistente en la revisión a fondo del sistema de valores introyectado, en su destrucción, si es menester, y en la construcción de nuevos valores que respondan realmente a las posibilidades reales del hombre salvadoreño en este momento determinado del proceso histórico y en este medio geográfico propio.

Desde esta perspectiva la cultura se convierte en lucha ideológica. El término puede parecer prestado. Pero no lo es, porque la cultura ha sido inmemorialmente combate contra otras culturas dominantes. Y la cultura como saber, si muchas veces ha sido instrumento de dominación puesto al servicio de su mejor pagador, ha sido también y lo es, por su propia condición, crítica de lo que hay y sacudimiento de la modorra aquietadora. La cultura creativa es rompimiento. Aunque su primera barrera sea con frecuencia la fosilización de una cultura pasada.

Es así como la Universidad puede convertirse en conciencia crítica y creadora de la realidad nacional, (**Discurso del BID**, ECA, 1. c., 111) y (**Manual de Organización**, 8). "El concepto de "conciencia" no implica un movimiento puramente ético, subjetivo y opcional; hace explícita referencia a "con-ciencia": no hay conciencia universitaria sin que haya ciencia universitaria,

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

método y estilo universitario, que serán históricos y cambiantes, pero con propia y peculiar estructura. Finalmente la crítica y operatividad que se reclaman de esta ciencia que es de las cosas, desde la situación y para la transformación, deben desprenderse de esta ciencia y conciencia creadoras, así como éstas dialécticamente deben alimentarse de la verdad que da el manejo mismo de la realidad tanto natural como social" (**Presentación** al libro **Psicodiagnóstico de América Latina** de Martín Baró, San Salvador, 1972). La cultura convertida en conciencia crítica y operativa es lo que se puede y debe exigir de la Universidad. Saber lo que son las cosas, saber cómo deben ser las cosas; saber lo que se hace y cómo se debe hacer en la unidad de una con-ciencia, que es en definitiva la unidad operativa e histórica de un pueblo que se busca a sí mismo con el aporte de todos.

Lo cual nos remite a la grave cuestión del quién de esa conciencia, del quién de esa cultura. La cultura en el sentido aquí empleado es, efectivamente, una cultura-de: pertenece a un determinado pueblo histórico unido en su marcha histórica con otros pueblos y es cultivo de ese pueblo. Si es así, no se ve fácil la tarea universitaria, que corre el peligro de no ser ni tarea del pueblo ni tarea para el pueblo. Y esto no primariamente porque no sea el pueblo quien esté físicamente presente en la Universidad, ni porque la Universidad no tenga que reducirse a niveles asimilables popularmente por las grandes mayorías, sino por la dificultad intrínseca de promover una cultura del pueblo sin salirse, a través del necesario instrumental teórico, de lo que es la realidad, que se quiere cultivar y elevar a conciencia. Pero la dificultad de la tarea no obsta para que se reconozca en la cultura y en la cultura del pueblo, el campo y el instrumental propio del trabajo universitario. No hay conciencias ni culturas absolutas, sueltas y sustantivadas; son siempre conciencias y culturas de alguien; y en cada caso se debe estar muy en claro de quién es ese alguien.

Y esta cultura debe ser promovida radicalmente y desde todos los campos. No se puede dejar la historia de un pueblo en las manos exclusivas de los cultivadores políticos del pueblo, de los cultivadores que buscan el poder para el pueblo, ya no digamos de cultivadores de otro corte político. La cultura es mucho más que eso, la cultura es aquello de que se vive y no aquello por que se muere. Deberá ser una cultura que rompa con todo vínculo de dominación, una cultura que avance hacia una liberación siempre mayor, pero una cultura realmente vivida en cada paso del proceso. La meta final condiciona los caminos, pero no anula su autonomía y, desde luego, no evita los pasos de cada día. Si la Universidad hace algo importante en este campo de la cultura habrá contribuido muy seriamente a dar vida al pueblo.

c) El **modo** de actuación, el **método** fundamental de la acción universitaria podría formularse como el de la palabra eficaz. Tal vez pudiera parecer que esto es poco, que lo que necesitan nuestros pueblos no son palabras sino acciones, que las palabras poco pueden en un mundo determinado por poderse bien definidos y por estructuras bien fijas, frente a las cuales la ciencia y la conciencia, así como su transmisión por la palabra, poco tienen que decir. Se podrá reconocer cierta eficiencia de la palabra, de la cultura hecha palabra, respecto de las conciencias personales, pero es difícil ver su eficiencia respecto de la marcha estructural de la historia.

Todo dependerá de lo que se entienda por palabra eficaz y de lo que se aprecie como posibilidad real de la acción universitaria.

Por palabra se entiende aquí la comunicación recibida y comprendida de la cultura reelaborada en la Universidad, tal como se describió el término en el apartado anterior. Cultura y palabra son así inseparables; la cultura de la Universidad no puede quedarse dentro de ella sino que es, desde un principio, cultivo, acción o, al menos, principio de acción. ¿Quién o qué puede asegurar que

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

esta palabra sea eficaz, haga lo que dice?

Por lo pronto se necesita que la palabra sea poderosa. El poder de esa palabra se apoyará, ante todo, en lo que tenga de racionalidad y, en su caso, de cientificidad. El saber es cada vez más un poder, sobre todo si ese saber es por su propia naturaleza efectivo; y será efectivo cuando proponga los mejores medios y los más eficaces para determinados fines, cuando proponga las mejores soluciones para problemas apremiantes.

Este saber comunicado y recibido muestra su eficacia en diversos órdenes. En el orden técnico, donde respecto de ciertas realizaciones prácticas, puede mostrarse como inapelablemente mejor, En el orden del análisis de la realidad, del juicio que esa realidad merece y de los medios para transformarla; este orden es ya más difícil de aceptar, porque pueden hacerle resistencia intereses e ideologías. En el orden del enjuiciamiento ético tanto de orientaciones generales como de determinadas acciones públicas; una Universidad reconocida por su objetividad teórica, por su imparcialidad respecto de intereses de las clases dominantes y de los poderes públicos, puede suponer un peso importante frente a acontecimientos importantes.

Más en general, si se va logrando una cultura, tal como fue descrita en el apartado anterior y se va logrando comunicar esa cultura a la realidad y a la conciencia nacional, la eficacia será innegable Podrá ser lenta porque la historia tiene su propio paso, que no es el de las vidas individuales, pero hará historia. Y lo que no llega a convertirse en historia, más en concreto, en estructura histórica, corre el peligro de ser flor de un día para los demás, aunque para uno mismo cobre singular relieve.

La palabra hecha historia es así su modo propio de ser eficaz, cuando se trata de una palabra universitaria. Supone una comunicación a eso que, un tanto indiscriminadamente pero con alguna verdad, puede llamarse conciencia colectiva, cualesquiera sean los mecanismos de funcionamiento de esa conciencia; supone también el que tome carne en estructuras históricas, generadoras de acciones nuevas, de actitudes nuevas, de realizaciones nuevas. Si se logra algo así como una conciencia colectiva y paulatinamente se va logrando objetivar esa conciencia en instituciones, la eficacia está asegurada. No es esto un idealismo de la historia, que privilegiara exclusivamente la autonomía de la conciencia; y no lo es, porque la Universidad debe entenderse a sí misma tan solo como uno de los factores de la estructura social, al que le compete no tanto las realizaciones ni técnicas ni políticas sino los principios de la realización, donde por principios se entienden los instrumentos dinámicos de la realización y no puros planteamientos teóricos.

d) El talante fundamental de la actividad universitaria que tiene por horizonte la situación real de las mayorías oprimidas, no puede ser el del conformismo o el de la conciliación. Tiene que ser un talante beligerante. La beligerancia es en nuestra situación una característica importante del quehacer universitario. La Universidad es, en nuestra situación, una de las pocas instituciones que puede de verdad ser beligerante. Y debe serlo.

La razón, en efecto, es de por sí beligerante frente a la irracionalidad reinante. Frente a la irracionalidad histórica, esto es, ante una estructuración de la realidad histórica en términos de flagrante irracionalidad, la Universidad como cultivadora crítica de la razón no puede menos de ser y de sentirse beligerante. Su beligerancia, desde este punto de vista, consistiría en la denuncia de la irracionalidad y en el esfuerzo por superar esa irrealidad de lo irracional. No es que lo irracional no exista, no es que todo lo real sea racional; es que su existencia es tan falsa, que solo una realización nueva podría acabar con su falsedad. No se trata de una pura ausencia de razón, lo cual no suscitaría beligerancia positiva; se trata de positiva irracionalidad y una irracionalidad configuradora de la sociedad y de la historia y, a través de ellas, de las conductas personales.

Si esta situación, además de irracional, es de positiva injusticia, la beligerancia está todavía más exigida. Y este es el caso de nuestra situación. Voces pacíficas y muy autorizadas han hablado repetidas veces de violencia institucional, de injusticia institucionalizada. El pequeño reducto de idealismo que puede representar la Universidad, por la juventud idealista de su alumnado y por la relativa segregación de sus profesores respecto de las estructuras directamente dominantes, hacen más posible que, no sólo personalmente sino como grupo institucional, pueda la Uni-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

versidad mostrarse beligerante contra la injusticia reinante.

Si, además, se sostiene que el horizonte de la Universidad es el de las mayorías oprimidas, y este horizonte no se reduce a ser un puro marco teórico sino una realidad vivenciada, entonces la beligerancia es inevitable.

Este talante que hemos llamado beligerante, que puede expresarse en términos de lucha, no es llamada a la irresponsabilidad ni al uso de elementos no universitarios. No estamos definiendo los medios de acción sino el talante de la actividad universitaria. Es respecto de la cultura y a través de la palabra eficaz como el universitario debe ser beligerante. La protesta universitaria para ser protesta no necesita de alaridos ni de acciones violentas. Pero es todo lo contrario de una actitud pasiva y contemplativa; es activa y esperanzadora; quiere luchar por un futuro mejor y sabe de antemano que ese futuro no le será regalado. Sabe que va a entrar en permanentes conflictos con quienes defienden otros puntos de vista y, sobre todo, otros intereses, y no puede arredrarse ante las presiones y ante las dificultades. Es en este contexto de la rebeldía contra la injusticia y la irracionalidad, de la resistencia contra quienes no permiten a la Universidad cumplir con su misión como debe verse la necesidad del talante beligerante. No estamos en una sociedad desinteresada y en equilibrio; al contrario, estamos en una sociedad tensionada y en pugna, cuya solidaridad sólo es posible pensarla en una superación dinámica procesual de sus contraposiciones, y sólo es posible realizarla en una marcha en que la objetividad no esté reñida con la beligerancia activa.

e) El **objetivo** donde se concretan el horizonte y la finalidad de la actividad universitaria es la transformación estructural de la sociedad; esto quiere decir, que su actividad no va fundamentalmente dirigida a la transformación de las personas sino a la transformación de las estructuras. No son, en principio, dos misiones contrarias, que se excluyan entre sí, la referencia a las personas y la referencia a las estructuras; pero de poner el acento en una de ellas cambiará notoriamente la dirección del trabajo universitario. Y lo que aquí se propone es cargar decididamente el acento sobre el problema estructural.

La razón es obvia, por más que obviamente se haya dado por cierto que la Universidad deba ir dirigida primordialmente a personas y a la formación de personas, sean estas los profesionales en el ejercicio de su profesión. Si, efectivamente, la Universidad busca últimamente la transformación de la realidad nacional y la realidad nacional es

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

formalmente de índole estructural, quien no busque directamente la acción sobre las estructuras no encontrará la realidad. Esto es así desde un punto de vista si se quiere general, independiente de una experiencia determinada, aunque fundado en cualquier experiencia posible; la realidad en general es estructural y la realidad social es especialmente estructural. Pero es así también por razones comprobadamente empíricas; no hay otra posibilidad de alcanzar una dimensión como es la de la realidad nacional, que la de ir en busca de sus estructuras; de lo contrario, la realidad nacional perseguida a través de sus partes o de sus individuos es evidentemente inalcanzable, y aunque fuera alcanzable, resultaría inoperable.

Este punto es de singular importancia para la orientación de todas y cada una de las actividades universitarias y, sobre todo, para la unificación —estructural, también— de la labor universitaria. Su consecuencia más llamativa es la de negar que el objetivo principal de la Universidad fuera la formación de profesionales. En nuestro país hay claras razones éticas para mantener esa negación; no se puede invertir una notoria porción de los escasos recursos nacionales en favorecer aún más —y con inversión de dineros públicos no devueltos— a los poquísimos favorecidos por el sistema social. La única justificación del enfoque de la Universidad hacia la formación de profesionales como dirección primaria de su actividad, sería la de entender que sólo con profesionales bien formados podría llegarse a la transformación estructural del país; con lo cual estaríamos reafirmando la prioridad de la transformación estructural. Pero como en el actual sistema no puede esperarse de una Universidad, orientada primariamente a la profesionalización, que contribuya seriamente a la profunda y rápida transformación estructural, ni siquiera puede darse por válida esa justificación derivada. (Cfr. mi artículo sobre "La ley orgánica de la Universidad de El Salvador. Reflexiones críticas en busca de una Universidad Latinoamericana", ECA, Diciembre, 1972, pp. 149-761). Lo cual no obsta para que la formación de profesionales sea una necesidad estructural de la Universidad, que puede y debe ser enfocada hacia una transformación estructural del país.

Otra de sus consecuencias es que tanto la investigación como la proyección social de la Universidad, esto es, la proyección de la Universidad en la sociedad, deben quedar orientadas por este objetivo de lo estructural y de lo estructural en trance de transformación. Una transformación que no se reduce, evidentemente, a transformación de conciencia, aunque también la conciencia colectiva participe de un cierto carácter estructural, sino que debe llegar a la transformación de estructuras de toda índole hasta culminar en la transformación de las estructuras socio-económicas y políticas.

Este acento en lo estructural puede poner en peligro lo personal; pero, por otro lado, la salvación de lo personal no puede concebirse realísticamente al margen de lo estructural. La pregunta, entonces, es qué estructuración de la sociedad permite el desarrollo pleno y libre de la persona humana y qué acción personal en la transformación de las estructuras debe ser la de quienes en ella participan. Los grandes instrumentos con que trabaja la Universidad son de índole colectiva y de implicaciones estructurales; lo es la ciencia, lo es la técnica, lo es la profesionalización, lo es la composición misma de la Universidad, etc. Personalizar este instrumental no significa desestructurarlo y privatizarlo; significa tan solo buscar la realización de sí mismo en una praxis histórica de transformación de estructuras y, en esta objetivación de un amor universal efectivo, recobrar el ámbito real para una auténtica entrega personal.

Considerados a una las grandes mayorías oprimidas como horizonte, el cultivo de la realidad nacional como campo, la palabra eficaz como modo propio de acción, la beligerancia como talante y la transformación estructural como objetivo, no es difícil reconocer una clara misión política y un estricto carácter universitario a esta definición de la actividad de la Universidad. Si efectivamente se pone en marcha tal Universidad, si se objetivan y se verifican tales propósitos en estructuras internas adecuadas y en adecuados canales de comunicación con la sociedad, puede con razón hablarse de una Universidad distinta, capaz de cumplir eficientemente con una importante misión política.

La realidad histórico-política es el lugar adecuado para interpretar correctamente el trabajo universitario; si no se lo enfoca desde esa su absoluta concreción, la Universidad estaría desempeñando irreflexivamente su papel y utilizando

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

irresponsablemente su gran potencial. Por otra parte, si no busca decididamente ser fiel a su propia esencia universitaria se podría hablar de la misma irreflexión y de la misma irrespondabilidad; de ahí que nos hayamos detenido en esbozar lo que es típica y específicamente una labor universitaria en lo que tiene de tal y en lo que tiene de política. No hay contradicción alguna entre Universidad y política; al contrario, ambas se necesitan mutuamente y se potencian. Hoy por hoy y en nuestra concreta situación sería igualmente suicida abandonar las posibilidades universitarias en la busca de la transformación nacional y no utilizar debidamente el potencial político de esas posibilidades universitarias.

Esto es claro en principio. ¿Lo es en nuestra realidad concreta? Las condiciones reales en que se desenvuelve nuestra Universidad ¿permiten realizar lo que acabamos de proponer como necesidad histórica, como obligación ética? ¿Hay condiciones reales que lo posibilitan o sólo evasiones intencionales? ¿Qué nos muestran diez años de la Universidad José Simeón Cañas?

2. ¿Puede nuestra Universidad ser distinta?

Cuando se habla aquí de "nuestra" Universidad se habla de la Universidad José Simeón Cañas y cuando se habla de "distinta" se tiene en cuenta la Universidad, que se acaba de describir en el apartado anterior. No se trata, sin embargo, de una cuestión particular. Aunque la discusión tiene por objetivo inmediato el analizar críticamente si esta Universidad puede cumplir con la misión que se ha considerado como la propia de cualquier Universidad en países del Tercer Mundo, su alcance es mayor y tiene en cuenta a cuantas Universidades están en condiciones reales semejantes. Ceñirse a un caso concreto como punto de apoyo no significa necesariamente particularizarse. Y esto no porque el caso concreto sirva o no de paradigma, sino por la razón más honda de que sólo en una praxis histórica es posible desentrañar la verdad de la historia. ¿Qué nos enseñan estos diez años transcurridos? ¿Han cumplido algo de lo que se ha sostenido como misión propia de una Universidad distinta? Y si no lo han cumplido o lo han cumplido mediocremente, ¿a qué se ha debido? ¿Será posible con los mismos condicionamientos actuales hacer algo distinto de lo que se ha hecho hasta aquí? Estamos ante una cuestión fundamentalmente ética. Si la Universidad no puede justificar en la realidad su propia pretensión, refugiarse en la buena voluntad sería grave hipocresía, tras la que se esconderían intereses bastardos. Si en realidad no hace lo que dice ser, aunque esto sea debido a presiones externas, continuar con ella, sólo estaría justificado desde una teoría del mar menor. Pero la apelación al mal menor, como fundamentación de la dedicación de una vida, sería una de las más tristes justificaciones.

En dos secciones se dividirá esta parte: en la primera, se analizarán las dificultades y en la segunda las posibilidades reales. Del choque de unas contra otras, deberá desprenderse el juicio.

2.1. Impedimentos coyunturales y estructurales de la misión universitaria.

Esta sección querría ser un análisis crítico de lo que han sido las dificultades reales de la labor universitaria durante estos diez años. Pero no un análisis puramente coyuntural. Lo que ha ocurrido, más allá de las coyunturas, descubre un entramado estructural. Y lo importante es este entramado estructural, aunque se presente siempre con máscara coyuntural. El carácter de realidad social de la Universidad con su dependencia necesaria de la sociedad en la que se encuentra, la fundamental estructura "burguesa" de tipos de Universidad como la nuestra y los tanteos de un proceso de búsqueda, pueden agrupar el conjunto de dificultades estructurales y coyunturales, que han hecho y hacen difícil la misión universitaria, entendida como lucha por la transformación radical de un pueblo.

a) Es absolutamente obvio que la Universidad es una realidad social y que, por serlo, está condicionada por la estructura de esa realidad, que es la sociedad. El intento de entenderse a sí misma como algo fuera de la sociedad, como algo inmune a las solicitaciones y a las presiones de la sociedad, es un intento ideologizado y, en definitiva, contraproducente para lograr de veras una cierta separación de lo que es la sociedad en un momento dado. La Universidad en un país socialista es algo distinto esencialmente a lo que es la Universidad en un país capitalista, por más que muchos de sus elementos sean comunes y en apariencia los mismos.

Entre los muchos factores que condicionan

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

en nuestro caso la realidad de la Universidad, pueden señalarse tres como más evidentes.

Primero, su dependencia de factores económicos que, como tales, son en nuestra situación retardatarios de la misión universitaria. La Universidad necesita de alguna abundancia de recursos económicos. Estos recursos pueden venir del aporte del alumnado, del Estado y de entidades financieras privadas; en los tres casos tiende a ser un dinero retardatario. No sería justo decir que durante estos diez años la procedencia de los recursos económicos –incluído el empréstito del BID– hayan supuesto una coacción directa de la labor universitaria, una especie de drástico **do ut des.** Pudiera entenderse así por parte de los estudiantes, en cuanto estos con sus recursos lo que están exigiendo es una preparación puramente profesional para incorporarse a la sociedad; pero esta presión de los estudiantes, desde este punto de vista –luego consideraremos la cuestión desde otro punto de vista–, no tiene o no ha tenido un peso decisivo. Por parte del capital privado, su aporte inicialmente importante no exigió condicionamientos especiales; el intento fallido de dar un Patronato a la Universidad puede considerarse hoy como un fallo providencial; por otro lado, no puede decirse que la Universidad José Simeón Cañas enseñase a nadie; se abrió para dar servicio desde un punto de vista cristiano al pueblo salvadoreño y por su propia estructura universitaria y por su propia inspiración cristiana no podía recibir del capital las directrices de cómo entender ese servicio al pueblo salvadoreño. Finalmente, por parte del Estado tampoco ha habido intentos directos de presión, aunque en alguna ocasión se ha visto en la "necesidad" de no contribuir al servicio, prácticamente indispensable, que la Universidad José Simeón Cañas presta en el país; nuestra Universidad se ha visto forzada a protestar en alguna ocasión por la discriminación flagrante de la que ha sido víctima, pues, si no tiene derechos legales a una ayuda por parte de los bienes nacionales, los tiene reales. Pero el que la presión no haya sido muy grande no aclara demasiado el futuro: sin recursos económicos la Universidad no puede funcionar y las fuentes de los recursos económicos no van a trabajar contra sí mismas; podrá aclarárseles la racionalidad de la acción universitaria, pero los intereses no tienen por qué coincidir con las razones, al menos a corto plazo. ¿Podrá ser libre una Universidad que depende de recursos económicos provenientes de fuentes, que pueden cerrarse a discreción? ¿Podrá una Universidad que busca la transformación radical apoyarse en quienes no ven ventaja alguna para ellos en los caminos de esa transformación radical?

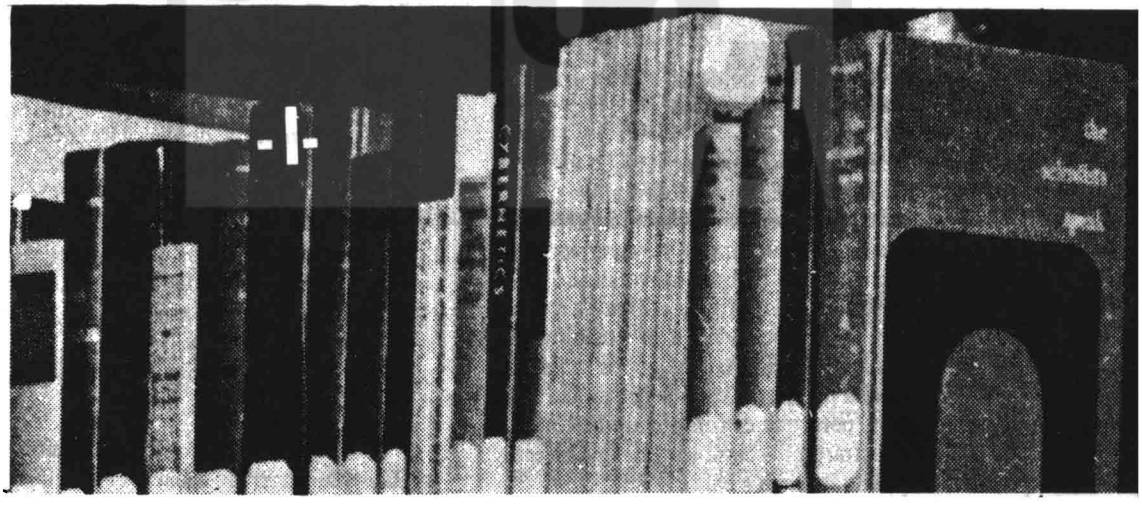
Segundo, la resistencia socio-política de los intereses dominantes. Es de índole distinta a la dependencia de los factores económicos; más sutil, si se quiere, pero muy efectiva. Hay siempre una amenaza potencial por parte de quienes detentan el poder respecto de todos aquellos que ponen en jaque ese poder; esa presión puede presentarse en formas muy distintas: desde campañas sistemáticas contra la institución y contra algunas personas de esa institución hasta medidas más directamente coercitivas y atemorizantes. Son múltiples las formas en que puede ser invadida la autonomía universitaria tanto a nivel institucional como a nivel personal; con el pretexto de evitar los excesos de la autonomía universitaria se cae en el peor de los excesos, el de coartar por intereses de clase o por intereses partidistas la autonomía universitaria. En este mismo capítulo debe situarse la resistencia del alumnado, que no quiere ser perturbado en sus intereses actuales o futuros y que prefiere una preparación técnica, que no le cuestione ni respecto de sus compromisos actuales con la sociedad ni respecto de su futura incardinación ética en la estructura y en el dinamismo del país. También debe tenerse en cuenta la resistencia del profesorado más pasiva que activa; en cuanto el profesorado interviene como profesional –lo cual no ocurre normalmente entre quienes están dedicados a tiempo completo a la Universidad– en las exigencias empresariales al servicio de las clases dominantes o, al menos, de la estructura actual de la sociedad, se convierte "profesionalmente" en hombre del sistema imperante; pero, aun cuando no se dé tal situación, también se presenta la dificultad, porque parte del profesorado, el dedicado a las materias más técnicas, o no se percata de su responsabilidad política o no ve cómo vincularla con el carácter técnico de su propia disciplina. Finalmente, otro de los factores que debe tomarse en consideración es el de las propias autoridades universitarias, que pueden estar viendo en una mayor concientización política de los distintos estamentos universitarios, un peligro para la dirección fácil de la Universidad. En conclusión, el carácter de la demanda, tal como se hace sentir, que es una demanda más de quienes tienen el poder que de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

quienes tienen la necesidad, es una de las razones más poderosas para que la Universidad no se oriente como debiera orientarse.

Tercero, la escasez de recursos aptos. En el país no sobreabunda la capacidad técnica y, desde luego, la Universidad no puede competir con quienes están dispuestos a financiar a los técnicamente más capacitados; es un hecho, constantemente experimentado por nuestra Universidad, la presión a la que la empresa privada y aun organismos del Gobierno someten a profesores nuestros mediante el ofrecimiento de salarios más altos. Por otro lado, el esfuerzo inicial de nacimiento y consolidación de la Universidad no han permitido liberar energías personales y recursos económicos a lo que debiera ser tarea principal. No sería tampoco injusto decir, y mucho menos inobjetivo, que la Universidad no ha sabido aprovechar al máximo los recursos de los que ha dispuesto tanto en lo que toca a los personales (profesores y alumnos) como a los institucionales (programas de estudio, facilidades materiales, posibilidades reales de acción, etc.). Es, por otra parte, muy discutible si la utilización de los recursos económicos en la planta física de la Universidad ha sido la más conveniente éticamente, si tenemos en cuenta el ingreso per cápita del país y la impronta psicológica que puede causar tanto a quienes unen su propia imagen profesional con la imagen física de la Universidad, como a quienes no tienen acceso a ella, a una Universidad que dice dedicarse a su servicio y que, sin embargo, presenta una fachada, que sólo pueden entender como distante.

b) Es asimismo innegable la fundamental estructura "burguesa" de la Universidad, más allá de su intencionalidad transformativa o revolucionaria. Se entiende aquí por estructura burguesa, una estructura exigida por un sistema capitalista y abocada a un sistema capitalista. Desde este punto de vista, no es fácil negar no sólo la estructura burguesa de la Universidad, pero ni siquiera el que ese carácter burgués se presente con ciertas características de necesidad. En efecto, a la mayoría de los integrantes de la Universidad, sea en el estamento de estudiantes con su propio contorno familiar, sea en el estamento de profesores y de autoridades, un profundo cambio de estructuras ni se siente como perentorio desde el ángulo de las propias necesidades, ni reportaría grandes ventajas materiales. En segundo lugar, el contacto real con las mayorías oprimidas es muy escaso y la identificación con sus intereses es por lo pronto puramente intencional; se trataría de una identificación con los intereses de otra clase y no de la defensa de los propios intereses; el tiempo dedicado por la Universidad a ponerse en contacto con el pueblo y a que el producto universitario llegue directamente al pueblo ha sido residual. En tercer lugar, el saber manejado y transmitido no procede ni del ámbito de necesidades de la mayoría del pueblo salvadoreño, ni es siquiera neutral y aséptico; es, en general, el saber "disminuido" que cultivan los países dominantes y que lo cultivan para seguir dominando. De nuevo, aquí también, la planta física de la Universidad es algo que pone ante los ojos el estilo de vida y de pensamiento de quienes en ella actuamos; es propio de una mentalidad burguesa puesta al servicio de



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

mentalidades burguesas.

c) Los tanteos de un proceso de búsqueda, aunque son de índole más coyuntural, han sido también una de las causas por las que durante estos diez años no le ha sido posible a la Universidad convertirse en una Universidad "distinta". Aunque el propósito fundamental fue claro, si no desde un principio, sí desde muy temprano, su objetivación tuvo que ser forzosamente procesual, lo cual implicó aprendizaje en la marcha misma, no sin fallos; entre la ideación y la realización del proyecto tiene que haber una acción mútua. Fue preciso hacer real una idea, a la par que hacer reales las condiciones de esa idea; dejar atrás un esquema pretérito e ir creando uno nuevo. Las resistencias en este camino no vinieron sólo desde fuera; desde dentro mismo de la Universidad una serie de temores, de cautelas, de faltas de visión, dificultaron la marcha. Tenía que ser así. El alumbramiento de una nueva forma de acción universitaria se hacía desde un arranque, que era su negación real; no era sólo otro modelo, sino un modelo que en buena medida pretendía apartarse de modelos tradicionales en las llamadas Universidades privadas y en las Universidades nacionales. Poco a poco se fue constituyendo el equipo convencido de la nueva idea y la nueva idea fue convenciendo a quienes antes la veían con recelo, sea desde el lado de unos esquemas universitarios trasnochados, sea desde el lado de quienes temían ver en esta Universidad un baluarte de la reacción. Tal vez sólo ahora pueda hablarse ya de una Universidad fundamentalmente constituida, que puede dedicar más energías a hacer que a hacerse, aunque sólo en este nuevo hacer es como irá plenificando su hacerse.

2.2. Posibilidades reales de llevar a cabo un modo nuevo de Universidad

En esta sección se pretende analizar si es posible de hecho intentar ese modo de Universidad, expuesto en la parte primera, una vez vistos los condicionamientos estructurales y coyunturales, que estos diez años de trabajo universitario han mostrado como hostiles. Para hacerlo se va a proceder primero de la necesidad a la posibilidad: tal Universidad es necesaria, luego es posible; argumento, que a primera vista puede parecer puramente lógico, pero que es totalmente histórico. Después se mostrarán los caminos por donde esta posibilidad pueda llevarse a cabo.

a) Debe partirse de la necesidad del hecho universitario y de la importancia del hecho universitario en la configuración de la realidad nacional.

En efecto, la Universidad como instrumento de formación de profesionales es un hecho necesario en nuestra sociedad. La sociedad con toda probabilidad no va a querer una Universidad como conciencia crítica ni como fuerza de presión para el cambio, pero necesariamente ha de querer una Universidad, que le proporcione profesionales con los que favorecer el sistema. Como la producción de profesionales es una industria de grandísima importancia para cualquier sociedad, ésta va a invertir en ella una serie de recursos de primera importancia; recursos personales por parte de profesores y por parte de alumnos, recursos instrumentales de ciencia y técnica, de expresión y de comunicación, recursos de influjo por el prestigio que de momento le concede la sociedad. Cuando, como en el caso de El Salvador, no hay sino dos Universidades, la necesidad de cada una de ellas y su peso específico sobre la sociedad son de todo punto significativos. La Universidad es así no sólo un hecho sino un hecho necesario.

Esta realidad de tanta significación y de tanta fuerza no puede dejarse en manos técnicamente irresponsables o políticamente inmorales. Serían irresponsables si dejaran a la sociedad con deficiencias técnicas tales, que ni en el momento presente ni en un futuro políticamente distinto se pudiera contar con los recursos necesarios para promover al país más allá de los niveles de subsistencia; serían políticamente inmorales, si tendieran a perpetuar un estado de cosas que favorece a una minoría y desfavorece a la mayoría. La Universidad puede hacer mucho daño al país; supuesto que es algo que está ahí y que es de momento un hecho necesario, ya sólo el neutralizar de alguna forma sus posibles males, el impedir que se convierta descaradamente en instrumento de dominación, es un bien importante, que en un determinado contexto histórico puede ofrecer justificación ética suficiente; por otro lado, preparar técnicos y profesionales con un saber, que resuelva algunas de las necesidades más imperiosas del país, aunque sea de modo indirecto, y que impidan el llegar a un colapso del que sería muy difícil salir, es también un beneficio importante.

De aquí se sigue una conclusión importante. Hay que tratar de sacarle el mayor provecho, en

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

orden a un profundo cambio social, a algo que es necesario y que tiene algunas de las mejores posibilidades de actuación en estos países. Cierto que no están del todo errados los que piensan que las Universidades no han aportado a nuestros países grandes bienes de liberación y los que juzgan que de lo hecho es de donde se puede sacar realísticamente lo que es posible; pero también es cierto que es necesario, éticamente necesario, el intentar sacar el máximo provecho a algo que va a estar ahí, que puede constituirse en foco de reacción retardataria y que cuenta con algunas de las mejores posibilidades para operar sobre el país, no en orden a una toma del poder del Estado –aunque también esto indirectamente–, pero sí en orden a la configuración de la sociedad. Estas posibilidades no radican tan solo en las potencialidades propias de la Universidad, que en la línea de la inteligencia, no tienen comparación con ningún otro grupo o institución, al menos en países como El Salvador y los que tienen similar estructura, sino también en un cierto ámbito de libertad, que la propia Universidad genera. Libertad en el sentido de positiva liberación, aunque sólo parcial, de las "necesidades" empresariales o estatales, y libertad en el sentido de constitución de un ámbito o reducto donde es posible la distancia y la crítica.

b) Debe tenerse en cuenta la necesidad de recorrer un trayecto, mientras no sea realidad el orden nuevo. Hay que hacer posible el trayecto en un doble sentido: en cuanto hay que posibilitar paulatinamente la meta perseguida y en cuanto hay que hacer vivible el "mientras tanto" no se da la nueva situación. Nada de esto tiene que ver directamente con la discusión de si el paso ha de ser reformista o ha de ser revolucionario. No se trata aquí de cuestiones teóricas, ni siquiera de cuestiones hipotéticas, sino de cuestiones reales. Dado que hay una realidad y dado que hay un proceso real, la pregunta es qué exigencias despierta esa realidad en ese proceso real. Esta pregunta sólo sería ociosa en una doble hipótesis; que se viera ya la posibilidad inmediata de un cambio radical o que se tratara de lograr esa posibilidad inmediata, que de por sí sería remota, mediante una agudización de las contradicciones, pero una agudización violenta de las contradicciones. La primera hipótesis parece irreal y la segunda plantea serias reservas éticas. De todos modos el trabajo universitario, en tanto que universitario, difícilmente podría considerarse decisivo, en cualquiera de esas dos hipótesis; su propia estructura hace que deba orientarse o a una preparación de más largo alcance o a una consolidación de un nuevo orden, que ya fuera fundamentalmente justo.

La preparación exclusiva hacia una toma del poder político dejaría desmantelada la sociedad para el "mientras tanto" y la dejaría también desmantelada técnica y culturalmente para la realización del nuevo orden. Son dos aspectos distintos y los dos son suficientemente obvios: sólo gente irresponsable puede pensar que sin preparación técnica puede llevarse a cabo la reestructuración de una sociedad, cuyos problemas reales son ingentes y cuyas posibilidades de solución son sumamente difíciles; el "idealismo político" puede jugar aquí una muy mala pasada, a quienes nunca han "realizado" nada ni siquiera a nivel de modelo y a quienes piensan tan reductiva y obsesivamente que reducen al hombre a dimensiones puramente económico-políticas. Y está también el aspecto del "mientras tanto", que por ser real y por estar triturando entre sus engranajes a gentes, que necesitan ir viviendo y no sólo ir muriendo, requiere quienes trabajen por que esa vida sea lo más humana posible en rubros tan básicos como la salud, la vivienda, la alimentación, etc. Creer que los puros políticos, en razón de su puridad o idealismo político, están preparados para resolver los problemas reales, que no son sólo de ordenación política, es un engaño idealista. El Salvador, concretamente, no podría subsistir tras un caos, no un caos de transición, sino un caos de quienes ya en el poder no podrían contar con cuadros adecuados.

Esta preparación para el "mientras tanto" y para la llegada del orden nuevo no tiene por qué entenderse en términos de imposibilitar esa llegada por adormecimiento de las tensiones, que impulsan al cambio. Es algo que podría suceder, pero es algo por cuyo peligro una Universidad críticamente despierta no debería dejarse amedrentar.

En efecto, el trabajo universitario puede, por lo pronto, posibilitar la acción de quienes luchan políticamente por una transformación estructural de la sociedad. Y esto en diversas formas bien fundamentales. Puede dar cobertura ideológica que retraiga la presión de las ideologías reaccionarias, mostrando tanto la racionalidad de las nuevas po-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

siciones como la irracionalidad de las que las contradicen y que, de momento, son las imperantes; desde el momento en que una posición queda sin soporte racional, claramente aparecerá como una posición injusta, que sólo una fuerza injusta, una violencia, puede seguir manteniendo; hay en el país tanta nebulosidad interesada que un esfuerzo sistemático y lúcido por despejarlo podría resultar de un gran apoyo favorecedor del cambio. En esta misma línea, la debilitación de resistencias tanto personales como profesionales puede ser de gran utilidad; entre no favorecer con todas las fuerzas los cambios necesarios y el resistirlos con todas las fuerzas, se despliega un amplio abanico de posibilidades, y la Universidad puede hacer bastante, a través de análisis racionales, para que las positivas resistencias agresivas pierdan su virulencia. Finalmente, en países como El Salvador, la Universidad puede intervenir directamente sobre distintos centros de poder para que la represión no se desate impunemente; en esta tarea otras instituciones como la Iglesia –y desdichadamente pocas más– pueden propiciar un influjo, que por no ser partidarista, puede tener una cierta efectividad coyuntural, digna de tenerse en cuenta.

Más positivamente, la Universidad puede proporcionar los mejores análisis objetivos de la realidad, el descubrimiento y la instrumentación de técnicas adecuadas para enfrentar los distintos problemas de la realidad, la preparación de cuadros para los análisis, el encuentro de soluciones y la implementación de las soluciones. En el orden de la concientización puede hacer disminuir los temores irracionales precisamente al razonarlos y puede racionalizar las metas buscadas idealmente desideologizando los ataques contra ellas.

La objeción, siempre válida, contra lo que se acaba de exponer, es lo poco que se ha hecho en esta línea. Lo cual nos lleva a plantearnos la cuestión de las posibilidades reales que tiene nuestra Universidad para hacer lo que dice debe hacer.

c) Las posibilidades reales pueden deducirse de lo que ya se ha hecho y también del estudio de las potencialidades reales con las que se cuenta.

Lo que se ha hecho, ponderadas las dificultades que implica el echar a andar una obra de esta envergadura en un ambiente adverso y con medios muy reducidos, no es despreciable. Ofrece,

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

hasta cierto punto, la garantía, de que, superados los problemas de arranque y de afianzamiento, pueda hablarse de posibilidades reales y no meramente de ilusiones. Dejado aparte el problema de la obra física y de la infraestructura administrativa, pueden señalarse algunos aspectos, que pueden verse como primicias de lo que sería factible. Sin pretender ser exhaustivos podrían considerarse los siguientes: definir bien un propósito distinto de Universidad; lograr entre bastantes un comienzo de nueva conciencia respecto de lo que ha de ser una nueva Universidad; proponer, aunque sea de una forma incipiente, un nuevo modelo de institución que trata de salirse de las normas impuestas por nuestra sociedad: como ejemplo de ello estaría el carácter no lucrativo de la institución sin mengua de su eficiencia, la renuncia de un buen número de sus miembros a una retribución superior fuera de la Universidad, la existencia de un escalafón de retribuciones cuyas proporciones generales están en franca ventaja con las usuales en el país, el verse enajenada de una elite social que ve en la Universidad y en los universitarios a sus oponentes; analizar teóricamente algunos temas fundamentales de la realidad nacional y hacerlos públicos; denunciar técnicamente y éticamente graves acontecimientos nacionales; salir al paso de graves sucesos nacionales con voz independiente; ofrecer a la sociedad algún número significativo de profesionales honestos que apoyan, sobre todo, en la educación y en el sector público, la profundidad y la velocidad del cambio; servir, aunque limitada y esporádicamente, de voz para quienes no pueden hacer oir la suya; ayudar de forma inmediata a sectores más necesitados a través de la proyección social; abrir un nuevo horizonte para la próxima década, en el supuesto de que lo realizado hasta ahora debe ser sustancialmente superado y no meramente prolongado.

Desde estas modestas realizaciones que manifiestan un espíritu y garantizan una voluntad de superación, lo que se presenta como interrogante es si con las potencialidades reales, con que se cuenta, dadas las dificultades que se han señalado, es posible realizar lo que se propone. En vez de proceder teóricamente, aquí lo que corresponde es mostrar los mecanismos a través de los cuales, es posible la realización del proyecto de nueva Universidad.

En principio no se ve que el cambio de la labor universitaria vaya a venir de la admisión de alumnos de menores recursos económicos. Es falso, en nuestra situación, considerar que la Universidad se abre al pueblo, porque se dé acceso en ella a quienes no paguen o paguen cuotas muy bajas; las estadísticas muestran de modo irrefutable que todo universitario es en el país un privilegiado, pues anda en torno al uno por ciento la proporción de quienes en El Salvador llegan a la Universidad; todo universitario es aquí un privilegiado y debe ser exigido como un privilegiado. Respecto de la misión de la Universidad lo importante por lo que toca a la índole del alumnado no es el **de dónde** vienen sino el **hacia dónde** van; en este punto la Universidad debería hacer una estricta selección: solamente deberían ser recibidos y mantenidos aquellos universitarios que, al menos, estén en capacidad de comprometerse con la urgente y profunda transformación social del país; debería haber mecanismos, como hay mecanismos, para medir el rendimiento intelectual, para considerar como no aptos, no aptos universitariamente, a quienes vienen despojados de toda conciencia pública, de todo interés social y no han sido capaces de adquirirlo a lo largo de su formación. La selección debe hacerse con el criterio de quiénes son los que más van a favorecer, por su preparación técnica y por su compromiso ético, el cambio de estructuras en el país. El sistema de cuotas diferenciadas, que debiera considerarse como un avance provisional en busca de una mayor equiparación de posibilidades y en una ampliación de la base sobre la que elegir a los mejores candidatos, no ha sido, por tanto, establecida para favorecer a los menos privilegiados -que, como acabamos de decir no lo son, si los comparamos con la realidad de las inmensas mayorías– en orden a darles acceso a una mejor instalación en la sociedad de consumo; es sólo un mecanismo para no perder posibles buenos candidatos, candidatos llamados a cumplir la misión que la Universidad se ha propuesto.

Con mayor razón debe decirse esto de su profesorado. Aunque el profesorado universitario forma un cuerpo y en un cuerpo no todos los miembros desempeñan las mismas funciones, no hay duda de que en cuerpo sano y bien organizado no caben elementos extraños y contraproducentes. Esto no implica en modo alguno la proclamación de ningún dogmatismo ni el ataque a la libertad de cátedra. Porque el compromiso con el cambio estructural del país no prejuzga qué es lo

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

que debe ser enseñado ni cómo debe ser enseñado. Lo único que se rechaza es el tipo de profesor que no está dispuesto a comprometerse con lo que es la función social de la Universidad en este país; compromiso que puede fallar por falta de preparación técnica y de dedicación responsable a sus obligaciones universitarias, pero también puede hacerlo por falta de compromiso ético con su propia realidad social. La selección del profesorado debe ser sumamente cuidadosa, precisamente para poder atribuirle después un máximo de libertad en sus funciones y una gran responsabilidad en la marcha de la Universidad. Es de esperar que no falle la mística universitaria, el contagio de los ideales en un cuerpo que, como el cuerpo universitario, está posibilitado vocacionalmente e instrumentalmente para liberarse de las presiones de una sociedad, en cuyos mecanismos de opresión no participa o, por lo menos, está capacitado para no participar.

Alumnos seleccionados, pero no para segregarse elitísticamente sino para comprometerse universalmente por las mayorías oprimidas; profesores seleccionados por su capacidad técnica y por su mística de servicio. Pero esto no es suficiente, si la Universidad no es realmente autónoma; no se trata meramente de autonomías legales, aunque también las legales sean precisas. Lo que se necesita es autonomía real, autosuficiencia independiente. ¿Independiente de qué? La respuesta es fácil: de todo aquello a través de lo cual la sociedad dominante presiona para domesticar a la Universidad. Esto supone que la Universidad tenga que depender lo menos posible de recursos económicos bajo dominio de personas, interesadas en mantener la situación reinante o de robustecer la con ciertas mejoras subsidiarias; si la Universidad no resuelve estructuralmente el problema de las fuentes de su financiación, el ámbito de su independencia será mucho menor del deseable. La forma más radical de resolver estructuralmente este problema es el de cargar sobre los beneficiados todos los gastos y costos que han originado; este es un punto que escandaliza a demagogos superficiales. Pero, ¿por qué se van a regalar enormes cantidades de dinero a estudiantes, que representan el uno por ciento más privilegiado del país? ¿Es que, en términos generales, van a devolver al país la plusvalía de su trabajo? ¿Es que puede estimarse como justo que en menos de un año una gran mayoría de ellos recuperen con creces todo lo que invirtieron en su formación universitaria? El estudiante universitario no sólo debería devolver a la Universidad todo lo que ésta le adelantó sino incluso una parte de lo que después va a ir ganando, no sólo debido a su propia capacidad sino a la capacitación que la Universidad le proporcionó. Esto es válido no sólo para nuestra Universidad sino igualmente para las llamadas Universidades nacionales. No se puede estar favoreciendo a los privilegiados con más privilegios, que a su vez van a llevar al robustecimiento del sistema de privilegios. La mecánica para resolver el problema puede no ser fácil: ¿cómo adelantar a quien no tiene recursos actuales los recursos que tendrá después en función de la preparación recibida en la Universidad? Una solución general no es, desde luego, fácil, debido a la deserción, etc. pero en principio, con el título el nuevo profesional podría recibir también una comunicación de lo que realmente debe a la Universidad, por lo que en ella ha costado; moralmente se debería ver obligado a irlo pagando, a medida que empezara a ganar más en razón del título recibido. Con esto no se pretende hacer de la Universidad una institución de lucro; solamente se pretende hacer de ella una institución autónoma, que realmente pudiera dedicarse a lo que es su misión y su obligación universitaria.

Junto a este modo de fundar una autonomía real, debe considerarse otro: el de procurar el máximo de independencia respecto de todos aquellos que favorecen el sistema presente porque son favorecidos por él. En nuestro país la capacidad de presión del sistema es indiscutible; sus mecanismos de presión son más toscos, que los denunciados por Marcuse en los países embarcados de lleno en la sociedad de consumo, pero no son menos reales. Sólo una vigilancia crítica, reexaminada momento a momento, puede impedir que las presiones halagadoras o amenazantes acaben por mellar el temple universitario. No se trata ya de evitar que el miedo y la cautela impidan hacer lo que se debe hacer; se trata de tentaciones más sutiles, que en el fondo pueden convertir la autonomía universitaria en un puro juego asimilado perfectamente por la sociedad, que no vería en la crítica más que la prueba de la libertad del sistema o la vacuna para quedar inmune contra el aparato ideológico que la pudiera contradecir. Sólo un contacto con las mayorías necesitadas y con la necesidad de las mayorías podría constituirse en eficaz principio de autonomía frente a la atmosfera social reinante en el "me-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

dio" universitario; sólo si esa crítica se hace conciencia operante de esas mayorías, dejará de ser una especie de medicina preventiva contra el cambio; sólo si esa crítica se ve forzada por la presión real de los oprimidos podrá constituirse en algo auténtico y verdaderamente operante.

Sólo desde esta autonomía real podrá la Universidad ser Universidad, la Universidad que quedó descrita en las primeras páginas. No se pide autonomía para otra cosa; se pide autonomía para ser lo que se ve como necesidad ética de la Universidad histórica, hoy y aquí.

Pero el cumplimiento cabal de la nueva misión universitaria penderá, sobre todo, de lo que ella misma esté dispuesta a hacer en el ámbito propio de su actividad. La Universidad debe verificar y operativizar su proclamada dedicación a la transformación de las estructuras sociales en su triple función de docencia, investigación y proyección social.

Ante todo, en la investigación, porque en ella está la raíz de la independencia y de la historicidad del quehacer universitario. Desde la investigación la Universidad conocerá dónde está la realidad nacional, qué es lo que necesita y cuáles son los medios para resolver esas necesidades. Es este uno de los puntos más claros donde se muestra el carácter histórico de la realidad universitaria. Suele decirse que Universidad de pocos recursos no pueden dedicarse a la investigación, que a lo sumo están capacitadas para recoger los frutos de la investigación ajena y transmitirlos a su propia clientela. Pero uno se puede preguntar: ¿es que la realidad nacional no es objeto estricto de investigación? ; ¿es que la realidad nacional investigada correctamente no puede dar pautas insustituibles para nuevas investigaciones? ; ¿es que las instituciones extrañas al país pueden estar mejor preparadas que una Universidad comprometida para saber lo que es la realidad nacional, cuáles son sus necesidades y cuáles son los modos propios de resolverlas? No se puede establecer una correcta política universitaria, si no se determina de antemano la realidad nacional, la dirección del proceso que esa realidad sigue, las fuerzas que en él operan, las metas asequibles y los medios adecuados para conquistarlas. La investigación debe ser, pues, política, histórica, y esto no porque se reduzca a lo que usualmente se entiende por política y por historia sino porque lo político y lo histórico nos llevan al exacto encuadramiento de lo que es lo económico, de lo que es lo técnico, lo cultural, lo científico. Todas estas dimensiones, y otras más, son lo que son dentro de lo que es la realidad nacional en su proceso histórico y desde ella han de interpretarse.

Si esto es así, la Universidad debería unificar toda su política de investigaciones en orden a establecer y operativizar lo que puede llamarse un "proyecto de nación". Proyecto no puramente

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

teórico e idealista, sino un proyecto que junto a su dimensión ético-política implica necesariamente aspectos bien estructurados de realización. Cuestiones como la realidad política, la realidad socio-económica y sus soluciones (en la línea de la reforma agraria, de la reforma bancaria, de la reforma fiscal, etc.), la realidad educativa y cultural . . . son cuestiones que deben ser analizadas, criticadas, denunciadas cuando sea menester, pero también afrontadas en busca de soluciones. Junto al gran problema de la dirección general y de la estructura adecuada del país, están los problemas en que aquel gran problema se desglosa.

En este sentido no cabe duda que la investigación debe tener un sentido político, el mismo sentido político que tiene la Universidad. Por ello es ésta quien debe llevar la dirección de la tarea investigativa y no estar a merced de demandas que otros proponen. Cabría así la unificación, en su último propósito, de todas las investigaciones de la Universidad, que separadas podrían considerarse de poco volumen, pero que estructuradas en un proyecto general, alcanzarían un rango importante; se podrían utilizar los trabajos de tesis de licenciatura, de doctorado, que no deberían quedar al puro arbitrio del estudiante, sino que deberían conjugarse con los intereses reales del país. Si la Universidad diera una máxima importancia a la tarea de la investigación así entendida –y esto es verificable considerando los recursos que a ella dedica, los planes generales de la investigación y los resultados de las investigaciones en curso–, su posición en el país tendría un peso singular. Habrá otras instituciones que pueden llevar a cabo investigaciones parciales, pero es difícil que ninguna reuna las condiciones que una Universidad, bien concebida, ofrece; no todos los profesores ni todos los alumnos son igualmente aptos para esta labor, pero entre todos ellos se da una tal variedad de especializaciones, de capacidades, de recursos-hora, que los resultados podrían ser insospechados. Lo que faltaría es una dirección adecuada, que impulsará y organizara su correcta utilización.

Desde esta investigación, así entendida, es como podría comenzarse una reforma profunda de la docencia. Parecerá exagerado, pero lo que pudiera parecer exageración sería un gran principio iluminador: lo que se debe enseñar y lo que se debe aprender, es la gran asignatura de la realidad nacional: qué es esa realidad, vista desde la economía, desde la historia, desde la filosofía, desde las letras, desde la ingeniería, desde la psicología, desde la política, etc. Con ello ni la política, ni la psicología, ni la ingeniería, etc., tienen por qué perder nada de su verdadero carácter de especialización. Pero si son carreras que no sirven para comprender mejor la realidad nacional y para transformarla, no son dignas de estar en la Universidad, en una Universidad que, de lo contrario, sería un lujo intolerable en un país de tan escasos recursos. La Universidad debe reestructurar drásticamente su docencia desde lo que es la realidad nacional y en dirección de lo que debe ser la realidad nacional. La docencia debe, con el resto de las actividades universitarias, buscar la creación de un hombre nuevo, pero este hombre nuevo, este profesional nuevo, será nuevo, si toda su carrera se constituye como nueva; novedad que no estará necesariamente en el instrumental utilizado, pero sí en el manejo de ese instrumental, todo él orientado a una producción intelectual nueva, a lo que en realidad necesita el país. Todo esto exige una estricta selección de carreras, cuyo criterio no puede ser la demanda por parte de la sociedad establecida, sino la demanda racionalmente calculada de la sociedad por establecer; exige una reestructuración de programas y una reeducación de profesores; y, desde luego, exige un aumento de productividad y de calidad en todos los que laboran en la Universidad. La reforma de la docencia no es primaria ni principalmente problema de métodos pedagógicos; es problema mucho más grave, es el revolucionario problema de entender la docencia desde la realidad nacional y para un cambio radical de la realidad nacional; antes que los métodos pedagógicos, lo que falla en la Universidad es el dominar de tal modo la propia disciplina que esté a la mano ponerla en relación directa con la estructura social y con la marcha del proceso histórico. No todas las materias admiten hacer esto en el mismo grado, pero la direccion de todas ellas, la unidad que deben constituir no puede tener sino ese sentido.

Es aquí donde cobra también su lugar propio la otra cenicienta del trabajo universitario: la proyección social. Ni la investigación ni la proyección social son entre nosotros lo que deben ser, y esto muestra lo lejos que andamos de lo que decimos queremos ser. Por proyección social debe entenderse estrictamente lo que de la labor universitaria llega directamente a la sociedad; más en concreto, y supuesto el horizonte propio de esta Universidad, lo que llega directamente a modo de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

"cultura" a las grandes mayorías oprimidas o, más en general, lo que es acción directa de la Universidad sobre la estructura social. Dadas las especiales características de esta estructura, la proyección social exige una inmersión beligerante en la realidad nacional dividida y contrapuesta: no solo ir logrando el diagnóstico cada vez más exacto del proceso, no sólo el hacer oír la voz concreta del pueblo mediante canales que la hagan efectivamente presente en la Universidad como demanda y exigencia, sino un hacerse presente en la inmediatez de la realidad nacional.

Lo cual debe hacerse predominantemente en términos de conciencia. La Universidad debería intentar el poder ser, a través de medios precisos, uno de los determinantes de la conciencia colectiva; hay algo así como una conciencia colectica y esta conciencia colectiva es elemento importante en la acción de la colectividad. En orden a formar esa conciencia colectiva, la Universidad debe poner en juego lo que es el poder del saber, si es que el saber se entiende operativamente como poder transformador y no como pura repetición acrítica. Si se lograra llevar a las mayorías el desenmascaramiento de su situación, la conciencia de sus derechos y de sus obligaciones en la constitución de una sociedad más justa, la persuasión de su fuerza, el análisis de su realidad y de los caminos para salir de su actual situación, mucho se habría avanzado en el proceso de transformación nacional. Y para todo ello la Universidad está posibilitada, si es que realiza la debida investigación y si es que hace uso de medios populares de comunicación. La llamada "extensión universitaria" no debiera concebirse meramente como un llevar a la Universidad hasta ciertos grupos qué normalmente no accederán a ella, sino como un alcanzar directamente la conciencia colectiva de la nación. No se ve que motivación ética puede impedir a la Universidad tener canales de comunicación masiva (periódicos, radio, televisión), cuando no se impiden esos canales a empresas privadas, cuyo norte es el lucro y la utilidad económica. Otros experimentos irresponsables no pueden impedir la obligación universitaria de poner directamente la Universidad al servicio del pueblo, al servicio de un proceso popular al que deben ser convocadas todas las fuerzas de probada buena voluntad. La siembra universitaria debe realizarse sobre los campos de la nación y no sólo sobre cotos reservados.

Es, desde luego, una tarea difícil, es una tarea ideal. Pero no imposible, y, desde luego, obligatoria. Sólo podrá realizarse, si se logra la constitución de una comunidad universitaria, que de verdad se lo proponga; una comunidad universitaria, consciente de sus posibilidades reales y de sus obligaciones respecto de la sociedad, que sepa aunar dimensiones y potencialidades reales, actualmente desaprovechadas. No se puede lograr con presiones desde arriba; debe conquistarse con el aporte cada vez más rico de gente convencida y comprometida. Hay muchos cauces para servir a los demás y el cauce universitario ofrece una excepcional posibilidad de hacerlo. No es el cauce de la acción del Gobierno y del poder político o estatal, no es el cauce de los partidos políticos sean de oposición o no lo sean, no es el cauce de la organización popular, no es el cauce de la misión eclesiástica, no es el cauce de la empresa privada . . . Es un cauce distinto, que tiene sus propias peculiaridades, que no necesita abandonar en su intento de conducir una fuerza efectiva de transformación nacional. ¿Por qué no intentarlo? ¿Por qué no aprovechar su relativa autonomía para hacer mayor el ámbito de libertad nacional? En el proceso de liberación de los pueblos latinoamericanos, la Universidad no puede hacerlo todo, pero lo que tiene que hacer es indispensable. Y si falla en este hacer ha fracasado como Universidad y ha traicionado su misión histórica.

3. El sentido cristiano de la Universidad

La Universidad José Simeón Cañas no depende legalmente de nadie ni de nada. Es ella misma en sí misma. No depende de ninguna jerarquía eclesiástica ni obliga de ningún modo a determinada confesión religiosa ni siquiera a forma de religiosidad alguna. Lo que se proponga hacer depende de lo que ella quiera hacer y no de consignas venidas de fuera, que le coaccionarían a ser de un modo determinado. ¿Qué sentido tiene, entonces, hablar de inspiración cristiana, como lo ha hecho repetidas veces nuestra Universidad? ¿Puede favorecer la inspiración cristiana a la marcha auténtica de la Universidad, en vez de resultar un impedimento? ¿Qué es esto del sentido cristiano de una Universidad que, ante todo, necesita ser Universidad y que no admite ninguna determinación impuesta por una confesión religiosa?

Tanto la Universidad como el Cristianismo

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

son dos realidades históricas; afirmación, no por evidente, poco significativa a la hora de las consecuencias. Al preguntarse por la relación de Universidad y Cristianismo no puede irse por el camino de los conceptos fijos: la posible conciliación o no del concepto de Universidad con el concepto de Cristianismo; hacerlo así, es salirse de la realidad y jugar con fantasías. Lo que hay que preguntarse es por las posibilidades reales de una concreta Universidad y por la forma concreta de entender aquí y ahora el Cristianismo. Pues bien, no es difícil ver la profunda coincidencia entre lo que en este trabajo se ha propuesto como finalidad de la Universidad y lo que el Cristianismo pretende, un Cristianismo leído desde la realidad más viva de Latinoamérica e interpretado por una teología latinoamericana. Cómo una Universidad del Primer Mundo deba ser Universidad y cómo pueda ser afectada por el Cristianismo, son cuestiones que aquí no nos interesan por el momento. Lo que nos interesa es mostrar cómo el Cristianismo puede potenciar nuestra labor universitaria sin desvirtuarla en modo alguno.

El Cristianismo de una Universidad no puede medirse ni por las doctrinas que propugne, ni por los sacramentos que imparta, ni por las prácticas piadosas que realice. Para eso no están las Universidades, y hacer para eso las Universidades es perder el tiempo. La Universidad tiene su propia estructura y la Universidad aquí y ahora debe tener unos fines y unos medios bien precisos. Lo importante, entonces, es mostrar cómo la inspiración cristiana puede favorecer y potenciar esos fines y esos medios, aun sin forzar a ninguna obligación religiosa. La Universidad puede muy bien pasar por alto tanto las interpretaciones tan estereotipadas como trasnochadas de que una visión cristiana del hombre y de la realidad no son "científicas", cuanto a las interpretaciones igualmente estereotipadas y trasnochadas que quieren hacer del Cristianismo algo inoperante en el orden estructural e histórico.

Pues bien, la visión latinoamericana del Cristianismo lleva a entender el proceso histórico de la salvación como una liberación de la historia.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

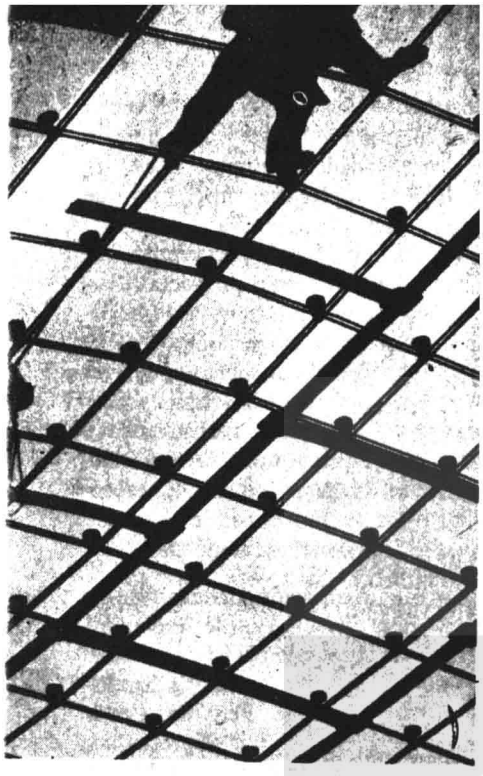
No que la historia de salvación se agote en una salvación en la historia, pero sí que pase por ella. Ahora bien, esta liberación es un proceso que abarca la totalidad del hombre y la totalidad de la historia en busca de la libertad y de la plenitud de todos los hombres. Pero, como es un proceso histórico, parte de una determinada situación histórica; los "científicos" de la historia llamarán a esta situación opresora y dependiente, los "teólogos" de la historia la llamarán pecado estructural e histórico. No querer partir en el análisis histórico de la realidad tal como se encuentra, olvidando además las raíces estructurales de esa realidad, es querer cerrar los ojos por intereses más o menos ocultos o por ideologizaciones de claro significado; no querer partir en el análisis teológico del juicio que esa realidad merece desde las fuentes mismas de la revelación es apagar interesadamente la luz del evangelio para no seguir el camino redentor que esa luz nos muestra ante lo que es una realidad de pecado. Una Universidad como la nuestra no puede, precisamente en su carácter de Universidad, olvidar la situación en la que está y de la que debe partir en su afán de transformación; una Universidad, que se diga de inspiración cristiana, no puede, precisamente en su carácter de inspiración cristiana, olvidar que esa situación merece el juicio de injusticia, de violencia institucional, de pecado estructural. Por distintas razones y desde diversos puntos de vista la Universidad y el Cristianismo, entendidos históricamente, ofrecen aquí y ahora un punto de arranque común y una dirección también común; la injusticia y el pecado deben ser borrados y lo deben ser por un proceso de liberación.

La liberación se refiere tanto a las estructuras como a las personas, tanto a las necesidades de la naturaleza como a las opciones de la historia. El análisis científico de la realidad, por su mismo carácter, lleva a centrar la atención sobre males estructurales y reformas de estructuras; el análisis teológico de la realidad, por su mismo carácter, sin olvidar el carácter estructural de los males y de sus soluciones, se centra más sobre la "relación" persona-estructura. Son dos puntos de vista complementarios y por eso el Cristianismo puede y debe aportar al trabajo universitario una clara preocupación por las dimensiones personales, sabedor de que un puro cambio de estructuras no conlleva necesariamente un cambio profundo y total de la realidad personal. Dicho desde un plano más positivo: se ha de buscar a la vez la construcción de un hombre nuevo y de una tierra nueva, aunque la novedad del hombre nuevo no se logrará, realística y colectivamente, más que en la participación activa que busca la construcción de una tierra nueva. Pero la perspectiva formal, desde la que el Cristianismo proyecta su labor liberadora, no es la del poder ni la de la dominación, sino la del servicio; ciertamente participa como la Universidad de un cierto poder, pero es el poder de la esperanza, de la afirmación del futuro, de la lucha contra el mal. La Universidad con inspiración cristiana no es lugar de seguridad, de intereses egoístas, de lucros honoríficos o económicos, de vistosidades mundanas; es lugar de sacrificio, de entrega personal, de renuncia.

En nuestra concreta situación, dada la fase del proceso histórico de salvación y de liberación, tanto la labor universitaria como la labor cristiana se presenta como lucha, como pelea. Ya San Pablo lo decía en otro contexto, pero insistiendo en el carácter real de lucha con que se presenta la acción cristiana en un mundo de pecado. El Cristianismo busca la salvación de todos, la liberación de todos, pero la busca primordialmente desde la liberación de los oprimidos: en el orden de las personas busca la liberación de toda forma de opresión, parta ésta del propio interior o del exterior; en el orden de las "clases sociales" busca la desaparición de las clases no por la anulación de las personas sino por la anulación del rol opresor que ejercen por pertenecer a una determinada clase; en cuanto una clase sea opresora, debe hacérsele abandonar ese carácter de opresión porque es principio de toda forma de injusticia y la injusticia no debe ser soportada sino combatida.

El Cristianismo, rectamente entendido, defiende y promueve una serie de valores fundamentales, que son esenciales para nuestro proceso histórico y, por tanto, de gran servicio para una labor universitaria comprometida con el proceso histórico. Ve en los más necesitados, de una u otra forma, a los redentores de la historia, a los privilegiados del Reino de Dios en oposición a los privilegiados de este mundo, propugna la negación de elementos deshumanizadores como son el ansia de riqueza, de honores, de poder, el halago de los poderosos de este mundo; propugna la sustitución del egoísmo por el amor como motor de la vida humana y de la historia y pone el centro de interés en el otro, en la entrega a los demás

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"



más que en la exigencia de los otros en beneficio propio; quiere más servir que ser servido; promueve el rechazo de las desigualdades injustas; afirma el valor trascendente de la vida humana, el valor de la persona vista desde el Hijo de Dios y consiguientemente la solidaridad y fraternidad entre todos los hombres; despierta la necesidad de un futuro siempre mayor y desata así la esperanza activa de quienes quieren hacer un mundo más justo en el que, por lo mismo, Dios puede mostrarse más plenamente; ve en la negación del hombre y de la fraternidad humana la negación radical de Dios y, en ese sentido, del principio de toda realidad y realización humana . . . Como todos estos valores no son puras confesiones ideales sino exigencias fundamentales que han de ser vividas y ejecutadas, la presencia de la inspiración cristiana, sin necesidad de muchas confesiones explícitas, es un principio potenciador del trabajo universitario.

Una Universidad que en toda su actividad esté inspirada y configurada por estos valores es una Universidad de inspiración cristiana; y será a-cristiana, o anti-cristiana cuando los desconozca o los conculque. No es cuestión de intenciones; es cuestión de realidades verificables. Si no procede en su actividad desde la determinación de nuestro mundo histórico como pecado institucional, ignora la base real de la historia de salvación; si no combate contra el mal estructural, no está en la línea del evangelio. El Cristianismo de la Universidad no debe medirse ni desde profesiones de fe, ni desde acatamientos jerárquicos, ni desde la enseñanza explícita de temas religiosos –aunque sea muy necesario en nuestros países un centro de reflexión y de producción teológica–, sino desde su concreta orientación histórica: a qué señor sirve, sabiendo muy convencidamente que no se puede servir a dos señores, y uno de los señores a los que no se puede servir es a la riqueza, entendida como un dios opuesto al Dios que se nos reveló en Jesucristo.

Una Universidad, cuyo horizonte es el pueblo de los más necesitados, que exigen su propia liberación y luchan por ella; cuyo compromiso fundamental es el cambio de estructuras y de personas en orden a una creciente solidaridad; cuyo talante es la lucha arriesgada en favor de la justicia; cuya inspiración en el juicio ético de las situaciones y de sus soluciones, así como de los medios que han de llevar desde las situaciones a las soluciones, es la del evangelio, es una Universidad cristiana. Es también –así lo pensamos algunos– la Universidad distinta que el país necesita.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"